

La balsa de Medusa

Domingo F. Faílde

Página en blanco

HUBO un puerto. Era azul. Y la tormenta
no cruzaba sus hojas de cristal,
remotísimo huésped
de algún confín ignoto, pasto de la leyenda.

Fuese el pantalán, pues,
caricia o fortaleza, quizá el único reino,
reducto habitable, almacén de la luz.

Llegaban con el alba los primeros navíos,
e iban, lentos, meciéndose,
mientras el sol urdía su estrategia
y un torrente de brazos anegaba los muelles
con el aroma espeso de la vitalidad.

Fue aquel puerto la única certeza,
estuche confortable donde, a salvo del viento,
el júbilo, los sueños, los antiguos presagios,
otro tiempo aguardaran, memoria o talismán.

A la luz de un relámpago,
la lluvia nos revela los caminos de ayer.

Astrolabio

EMPRENDIMOS viaje en aquel buque
sin conocer, exactamente, el rumbo.
¿O era acaso París, después de un largo
periplo —mar y tierra—
el final del trayecto?

La existencia designa sus lugares
con nombres de artificio,
tratando de ocultar el fin de fiesta.
A nadie, sin embargo, sorprendiera el destino,
nido en la tempestad,
rasgando velas, derribando mástiles,
devorando los cuerpos que, impotentes, rugían,
cautivos de las olas.

Sin otra compañía que la noche,
presentimos el cielo, los astros, el aire,
con un islote esquivo
con una extraña forma de osamenta.

El ahogado

VEAMOS, pues, éste, que la mar engulle,
náugrafo ni siquiera, innominado
residuo, entre la espuma flotar, desvanecerse,
sumergirse, emerger,
tan inestable
que adviértese por ello albergó vida,
humana apariencia y, en fin,
ese destino trágico
que las olas a tierra firme allegan.
Qué fue, quién era, dónde
le sorprendió la muerte ni cuándo
nos importe: Saber que, en un momento,
el mísero vestigio de un gesto, una palabra
o la prueba más áspera de la desolación,
pueden llegar, inesperado pecio,
a una playa desierta, desvelando
ese oscuro secreto que tú mismo
te llevaste —eso creías, al menos— a la tumba.

Teorema

LA arena de los días,
el agua de los días,
la infinita distancia de los días
lentísimos. Y el viento,
la amenaza que emerge
del vientre de las olas,
de los hondos abismos del alma
y una secreta voz
que a navegar conmina.

La muerte, sin embargo,
nos proveyó el sustento.
Aquella carne helada,
los miembros que el salitre
tornó frescos y jóvenes y vivos,
útiles hasta el fin.

Así sucede

que el regreso es camino,
la irreversible noria que abastece
la arena de los días,
el agua de los días,
y esa informe quietud
que llamamos tristeza.

Gorgona

ÉSTA es (tarde o temprano,
tenía que suceder) la verdad,
los avatares de aquellos días o siglos
y el estigma de tanta pesadumbre
en el confín del tiempo.

Límite, pues, del esplendor, su crónica,
biblioteca la piel donde atesora
la noche su dolor, los ancestrales códices
que atestiguan, oscura, la lluvia.

Hermosa, alguna vez,
cuando —aún presentida y acaso soñada—
parecía quitarse la ropa en su camarote,
atónitos y quietos los ojos si, en mirándola,
bronce y mármol la luz,
inauguraba el vértigo una nueva mañana.

Mas, tras el cataclismo,
percibimos la pesadilla en su rostro,
vemos su piel hirsuta y esas manos
dispuestas a amputarnos el aliento
en un jardín umbrío.

Superviviente

VIVIÓ lo suficiente
para contarlo. A veces,
le asaltaba la idea de escribir un poema,
mas al fin desistía (¡tan solemne y retórica!),
libre de los estímulos
del vino o el café y otros iluminados
que pueblan, a esas horas, las tabernas.
Le asaltó, por qué no, la fantasía
de inventarse la historia a su manera,
recrear el naufragio en la pantalla
y ajustarle las cuentas, sin más, a la memoria.
Él, que estuvo en el Hades
y había resucitado y regresado,
contó a los periodistas su experiencia
y a un comisario y a un magistrado
que concluyó por archivar el caso.

Algún desconocido redactó un torpe informe
que no interesa a nadie.

La balsa de Medusa

NOS queda, sin embargo, la postura del gesto,
su hermoso trascender en la mirada
que acorta la distancia del tiempo, inexpugnable,
y esa escena que el rito inmortaliza
de remontar lo adverso contra toda razón.

Si el mar nos agredió, si los caminos
se nos fueron borrando como una foto antigua,
cara vendimos la existencia, el vuelo,
azul ya y resplandor nuestro infortunio.

Sobre las negras ancas de la muerte, proclaman
victoria los vencidos, mientras la aurora adviene
con signos evidentes de violencia en su piel.

Juan Luis F. Fariña

